de nuestra interrumpida conversacion. La consigna que reciben mis criados y las puertas abiertas, cubren las apariencias. La marquesa de la Tour du Roy, querido príncipe, es como la mujer de Cesar.... no debe dar lugar á dudas.

—Teneis razon, como siempre.

—Ya lo sé que tengo razon; pero ya hemos hablado mas tiempo del que es conveniente; allí hay dos señoras que están cuchicheando, y que con seguridad hacen comentarios. Saludadme y no os ocupeis mas de mí. Hasta mañana á la noche.

—Hasta mañana, señora marquesa—murmuró Héctor inclinándose ante Lazarine, abandonando el salon con el corazon lleno de alegria y diciendo para sí:

—Mañana á la noche me habrá prometido ser muy pronto princesa de Castel-Vivant.

XLVII

Al volver de casa de la princesa Alvinzi, habia dicho Lazarine:

—Recibo.

El tiempo estaba algo frio, y un fuego vivo ardia en la chimenea del salon principal, iluminado profusamente.

Lasarine dejó caer en una butaca su abrigo de piel de zorra azul, y se sentó pensativa cerca del fuego.

Se disponia á jugar una partida decisiva, en la que iba apostada un título de princesa, una fortuna colosal y la rotura de una cadena que se le hacia insoportable.

Era preciso ganar, y ganar á mansalva con las cartas del contrario; pero la credulidad humana tiene sus límites, y era muy posible que Héctor, por muy enamorado que estuviera, no creyese las cosas inverosímiles que iba á contarle.

La jóven tenia casi siempre una completa confianza en sus fuerzas, y sin embargo, aquella noche sentia una vaga inquietud y una desconfianza que la mortificaba.

Se esforzaba en desechar estos sobresaltos, y murmuraba:

—¿Quién duda del éxito? está ya medio vencido de antnmano; ¡necesito vencer y venceré! El príncipe me ama y tendrá que creerme.... ¡Marcelo creyó que yo perdonaba!

Abandonó su asiento, y colocándose delante de un espejo se sonrió contemplando su imágen, y añadió:

—¿Quien podrá resistirme? estoy demasiado hermosa esta noche para no triunfar por completo.

Bien es verdad que en este momento era maravillosa la hermosura de la marquesa.

Aunque el año de luto habia terminado hacia algun tiempo, Lazarine vestía de negro por conveniencia.

Las reuniones de la princesa de Alvinzi no tenian el carácter de baile, y eran puramente íntimas, aunque muy numerosas.

El severo traje de la marquesa no habia estado por lo tanto fuera de carácter en aquel salon, y por el contrario, era de los mas elegantes.

Una pañoleta de tul negro bordada con azabaches, subia hipócrita mas bien que castamente hasta el cuello, dejando ver con su trasparencia la exquisita redondez de su garganta y las suaves líneas de su espalda, cuya nívea blancura resaltaba doblemente, aprisionada en aquella red. Los brazos, cuya forma incomparable hemos descrito mas de una vez, estaban completamente desnudos, sin mas adorno que siete ú ocho brazaletes esmaltados en negro y guarnecidos de diamantes, que llevaba en la muñeca izquierda.

Lazarine, como siempre, iba peinada de una

manera maravillosa, sin que el arte entrase para nada en su peinado.

La doncella se concentraba á desenredarlo únicamente, y ella sola se los arreglaba con sus dimunutas manos, sujetándolos con grandes horquillas de una manera inimitable.

El famoso Leonard ó el mas hábil de sus sucesores no habria podido obtener el precioso resultado de aquel hermoso desórden.

Aquella noche parecia que el menor movimiento haria caer su cabello por la espalda.

No puede imaginarse un conjunto de mujer mas sencillo ni mas provocativo.

Impulsada Renée por los celos, la habia definido un dia diciendo que Lazarine producia mareos.

No nos extrañará, por lo tanto, que la veamos sonreir mirándose, y que, llena de un orgullo justificado, se dijera:

—¿Qién podrá resistirme?

Con solo haberla visto, habria sido preciso responder:

—Nadie.

Dieron las diez y media.

Al mismo tiempo se oyó pararse un coche á la puerta y sonó el timbre.

—¡Ya está ahí!—pensó Lazarine.

Al cabo de medio minuto se abrió la puerta del salon y anunció el ayuda de cámara:

—El señor príncipe de Castel-Vivant.

—Buenas noches, querido príncipe—dijo la marquesa tendiendo la mano al recien venido, mientras que el criado echaba un leño al fuego.—Sin duda pasábais por casa y habeis visto luz, y habeis subido por eso, porque no estábais esta noche en casa de la señora Alvinzi. Acabo de llegar, porque vá á venir mi padre con dos ó tres amigos.... Tomareis conmigo una taza de té. ¡Bautista, té!

El ayuda de cámara salió.

Héctor, inclinado delante de Lazarine, no habia podido decir una palabra ante aquel desbordamiento de la marquesa, y apoyó sus labios sobre la mano que aquella le habia presentado.

—¡Qué hermosa estais esta noche! -balbuceó.

—¿Mas que de ordinario?—preguntó la jóven riéndose.

—Sí, siempre mas que la víspera.

—¿Y cuando terminará eso?

—Nunca.

—Sois muy bromista al decir eso en sério.

—En este momento hablo muy en sério y digo lo que pienso.

—¿Y cuando envejeceré?

—Eso en vos no es posible; id si no al Museo. ¿Son viejas las mujeres de Rafael y del Ticiano?

—No me cuesta ningun trabajo creerlo porque están pintadas, y yo no me pongo ni aun polvos de arroz.

—Ya sabeis que la señorita Lenclós era muy hermosa á los ochenta años.

—Tengo veinte años.... hablaremos dentro de sesenta años, y por ahora basta de locura. Ya veis que os he cumplido mi palabra y que estamos solos.

—Sois adorable.... pero ¿permaneceremos solos?

—Es lo mas probable, puesto que nadie sabe que me he quedado en casa; ¿quién quereis que venga aquí en veinte minutos que nos quedan?

—¡Qué cruel sois!

—Está bien; ¡hace un momento que era adorable! ¿de qué os quejais? En veinte minutos se pueden decir muchas cosas.

El ayuda de cámara volvió á entrar, trayendo sobre una bandeja una tetera y un azucarero de plata sobredorada, tazas de Sajonia y un frasco de rom, emparedados y demas accesorios indispensables.

—Voy á serviros—dijo Lazarine.

Despues, cuando se fué el ayuda de cámara, continuó á la vez que miraba el reloj:

—No quiero tener en cuenta el tiempo que hace que estais aquí; pero ahora empiezan los veinte minutos. Espero esas revelaciones de tanta importancia de que me hablábais ayer.

Héctor se quedó sobrecogido.

—¿Como quereis que os hable si parece que os burlais de mí?

—Me guardaria muy bien de hacerlo, querido príncipe.

—Y sin embargo os reís.

—¿Qué quereis? Soy un poco ligera, al menos en apariencia, porque el fondo es sério; y despues de todo, la verdad es que, á pesar de vuestra vacilacion, sé lo mismo que vos, y quizá mejor, lo que vais á decirme.

—¡Como!—dijo el jóven,—¿sabeis?

—Que me queríais un poco hace mucho tiempo, en el boulevard Haussman, cuando era niña; que me amábais un poco mas, hace dos años, en el castillo de la Tour du Roy, cuanda era jóven, y que, por último, hoy, que soy vieja y viuda, me amais mucho mas.

Héctor se puso encendido.

—Así, pues—contestó con exaltacion,—¿sabeis que os adoro y que no he cesado nunca de perteneceros por completo?

—Perdonad, querido príncipe—interrumpió Lazarine con aquella gracia un poco burlona que la hacia irresistible,—no estamos de acuerdo por completo. En esa pasion tan grande que habeis sentido por mí, ha habido muchos entreactos en que pensábais en otra cosa muy distinta de mi escaso mérito: pero no tomeis esto por un reproche, porque al fin y al cabo volveis á mí, que es lo principal.

—Lazarine—continuó Héctor con doble vehemencia,—en esos mismos entreactos llenaba mi pensamiento vuestra imágen sin abandonarme nunca; y si yo no hacia por volveros á ver, era porque cuando vuestra presencia no me fascinaba, comprendia entonces que era muy grande la distancia que nos separaba y no me atrevia á traspasarla.

—Y sin embargo lo intentásteis y os atrevísteis á mucho.

—Vuestras miradas me enloquecian y me olvidaba que no era nada; pero hoy, Lazarine, todo ha variado: hoy existo, soy algo y soy libre, y solamente una cosa puede separarnos.

—¿Cual?

—Vuestra voluntad. De vos pende el que sea el mas feliz de los hombres ó el mas desgraciado.... ¿Me amais?

—¿Es acaso una confesion terminante la que me exigís—murmuró la jóven bajando la vista y haciendo un alarde de pudor que la hacia encantadora.

—Sí; es una confesion.... ¿Por qué no ha-

beis de hacerla? ¿Por qué habeis de dudar... Sabeis perfectamente que á mi amor va unido un respeto profundo.... el pobre artista no tenia nada que ofreceros mas que su corazon.. el príncipe de Castel-Vivant pone á vuestros piés su nombre; ¿quereis aceptarlo?

Al pronunciar estas palabras, estaba Héctor muy conmovido y con una rodilla doblada.

Lazarine se acordó en aquel momento del marqués de la Tour du Roy, cuando tambien de rodillas le pedia su mano.

—¡Ah!—dijo llena de orgullo,—soy omnipotente por la belleza; viejos y jóvenes me rinden igual homenaje.... si aún existieran reyes, ¡yo seria reina!

Despues dijo en vos alta:

—¡Levantaos! ¡pensad en lo que dirian si entrase alguien!

Héctor obedeció, balbuceando al mismo tiempo.

—No me habeis respondido.

La marquesa fijó en el jóven una mirada prolongada que, penetrando hasta lo mas profundo de su corazon, le produjo la turbacion mas intensa y mas dulce que haya podido experimentar criatura humana.

Al mismo tiempo la fisonomia de Lazarine tomaba un aire de verdadera seriedad.

—Respondedme—dijo el príncipe,—os suplico que me respondais.

—¡Héctor!—dijo la marquesa con vos conmovida,—lo que me pedís es algo mas que una respuesta, es una confesion, ¿quereis que hable? pues bien, hablaré; voy á haceros mi confesion.

XLVIII

—Vos me creeis indiferente, frívola, excéntrica y ligera—empezó á decir Lazarine,—algunas veces llego á persuadirme que soy todo esto, y sin embargo no tengo mas que la apariencia. Os han dicho que yo he vivido siempre para el orgullo y para el placer, sacrificando la felicidad íntima á las exigencias del lujo y á los goces de la vanidad; vos lo habeis creido, y habeis hecho muy bien, porque todo me acusa; pero, á pesar de la evidencia, os equivocábais al juzgarme de esa manera.

—¡Pero si yo no me he permitido nunca juzgaros!—contestó Héctor vivamente,—yo no os acuso de nada, porque todo en vos me parece perfecto, y nunca ha pasado por mi imagina-